

Capítulo I

Adelfín que viste y calza

El conde Adelfín de Belfulano estaba poniéndose una camisa blanca ante su espejo de aumento con luz Brot, que irradiaba mil rayos convergentes. Esa noche había gran sarao en casa de la baronesa de Cantorina, y Adelfín, deseoso de lucirse, había mandado a Delnudo, su mayordomo modelo, que le preparara el frac número uno, que sólo se ponía en ocasiones especiales. El traje, azul oscuro, yacía sobre un ancho sofá cubierto con una piel de oso de peluche que Adelfín había comprado durante un viaje de exploración a la República de Andorra. Las solapas de seda mate despedían un suave brillo y el cordoncillo del pantalón recorría todo a lo largo las perneras impecablemente planchadas. No había olvidado Delnudo traerle una ligera pajarita, flamante, cuya inminente colocación había de dar el último toque a un aseo refinado pero no exento de esa sencillez que sólo es tolerable en individuos bien formados y en contrahechos de cartera abultada.

Y, así vestido, calzaba Adelfín zapatos amarillos.

Capítulo II

El amarillo es un color

Platón, en un famoso panfleto publicado hacia 1792, formula en unas cuantas frases bien pensadas su concepción del universo. Según él, éste se reduce a una suerte de pantalla de cine en la que se proyectan unas sombras animadas que algunos toman por la realidad, la cual en realidad se halla detrás de ellos. Partiendo de una idea análoga, Adelfín se había dicho: ¿por qué no calzar zapatos amarillos, y dejarme ver sólo a contraluz? Y, dicho y hecho, decidió no dejarse ver más que a contraluz, cosa relativamente sencilla si se piensa que por estas latitudes la mitad del tiempo falta la luz del día, un fenómeno al que comúnmente denominamos noche y por el que luz y contraluz alternan con regularidad. Por lo demás, los zapatos, aunque amarillos, armonizaban a la perfección con el resto del atuendo del conde, quien se tocaba la pelirroja cabeza con una gorra gris a lunares malvas e iba envuelto en una amplia capa de terciopelo carmesí (por dentro) orlada de pieles y forrada (por fuera) de un vulgar paño negro que en nada se diferenciaba del paño negro de que están hechos los miles de capas que por las noches visten miles de hombres de mundo. Con esta capa es-

taba Adelfín de muy buen ver. Por último tomó un bastón de puño de brezo eléctricamente patinado y, agachándose de pronto, recogió de debajo de la cama un pasador de cuello que se le había caído al desvestirse dos días antes.

Capítulo III

Psicología

Bien podía ser que Adelfín se hubiese acordado sin más ni más de este pasador olvidado hacía dos días. Pero no es así. La causa profunda de su acto no premeditado reside en el complejo fenómeno interno que los grandes filósofos denominan asociación de ideas, y que se produjo cuando Adelfín fue a abrocharse el cuello de la camisa y, con notable capacidad de respuesta, advirtió la falta del pasador. Nada más se necesita saber para arrojar luz deslumbrante sobre el móvil de un acto que, sin el brillante análisis que constituye el objeto de este capítulo y que únicamente la ciencia de los filósofos ha hecho posible, sin duda habría quedado oscuro y a merced de cuantas conjeturas pudiera concebir el capricho de una mente no iniciada.

Capítulo IV Retrato de Adelfín

Adelfín, nacido hacía treinta años, se preciaba con justo título de tener un cuerpo que muchos monitores de gimnasia normalmente constituidos le habrían envidiado si hubieran sido víctimas de tres accidentes de automóvil consecutivos y de varias explosiones bien controladas. Un fino bigote entreverado se extendía sinuosamente por debajo de una nariz del más puro estilo barroco y dimensiones dignas de las tijeras de una Parca, y gravitaba sobre el abultado belfo, flor olorosa semejante a cierto ranúnculo venenoso. Los pómulos salientes formaban bajo los ojos color carmín un leve seno en el que uno se imaginaba que debía desembocar un verdadero río de lágrimas, por lo muy propenso –¿o habría que decir prolloro?– que parecía a tales efusiones humorales. La frente, ancha y surcada de abruptos pliegues, atajaba bruscamente la expansión de una lujuriente mata de pelo rojo que daba a la noble testa de Adelfín cierto aire leonino. Éste era el aspecto que presentaba la cabeza del conde en su treintañal esplendor. El cuerpo no le iba en zaga. Un cuello extremadamente gracioso cuyo azulado arranque se hundía entre las montañosas protuberancias de los

omóplatos, un torso velludo, cilíndrico y marcado por unas costillas prominentes como esas ondas que la marea forma en la arena cuando lentamente se repliega a sus posiciones, unas caderas anchas y bien equilibradas, cinco miembros graciosos y elegantes sólo comparables a juncos de verdes marismas, componían un todo armonioso y aun surrealista, al cual muchas damas del barrio se complacían a menudo en rendir un homenaje destapado.

Así se veía el conde en su espejo de aumento con luz Brot.

Capítulo V

La llegada a la fiesta

Cuando acabó de arreglarse, Adelfín abrió despacio la puerta de su habitación y, mirándose por última vez en el cristal azogado, se encaminó con pasos deslizantes hacia la escalera de mármol, cuyo caracol, alfombrado de lana de color azul grisáceo, cerraba el horizonte inmediato de los reflejos de la barandilla niquelada.

Bajó como a disgusto los pocos escalones que lo separaban del nivel común y subió al ligero coche eléctrico que minutos antes había aparcado Delnudo ante la escalinata de la casa.

Belfulano, por coquetería, conducía personalmente, cosa muy deportiva. Vibraron nerviosamente los zapatos amarillos sobre los pedales y el coche arrancó con un ruido de cuco que echara a volar. Casi se podía oír el eco de las pesas del cuco contra las fachadas.

Adelfín conducía bien. Era admirable cómo giraba rasando los bordillos y planeaba, por así decirlo, a unos milímetros de la calzada. Tenía una manera muy suya de tocar el claxon con su dedo índice en forma de espátula, arrancándole bocinazos muy curiosos y personales, característico de su seductora personalidad.

En la plaza de la Concorde, Adelfín frenó ante el hotel Crillon. Un hombre salió de la sombra y se acercó al descapotable.

–¿Eres tú? –dijo Adelfín.

–Yo soy –contestó el otro, que subió al tiempo que el coche arrancaba.

Minutos después los dos hombres llamaban a la puerta de la baronesa de Cantorina.

Capítulo VI Retrato de Serafinio

El acompañante de Adelfín se llamaba –¿por qué seguir ocultándolo?– Serafinio Alvaraide. Alto, de hombros que abullonaban el bien cortado traje, parecía hecho a patadas en el culo. Una fisonomía dura y un fiero mirar le daban un carácter original y ardiente que le atraía la compañía de las mujeres de intensa libido. Gracias a sabios ejercicios, este hombre de risa maravillosamente sutil y que rezumaba sexualidad por todos los poros de su piel había desarrollado tanto su resistencia física que podía cubrir tan campante a una percherona de un metro setenta y cinco de alzada. Su aspecto de centauro desbocado le permitía resistir con toda tranquilidad las miradas concéntricas de la multitud. Siempre arrebatado y vibrante, parecía un silbato que produjera dos sonidos: uno brutal y otro cosmético. Al verlo, los guardias se quitaban el casco y los niños dejaban de berrear.

Serafinio y Adelfín se conocieron una hermosa tarde de verano de hacía unos años en la playa de John-les-Pins. Serafinio yacía boca abajo (por respeto a las conveniencias) sobre la arena de un dorado pálido. Adelfín, que andaba distraído mirando las lejanías

cerúleas donde nacen y mueren las esperanzas de regreso, tropezó con el cuerpo tendido de Serafinio. De aquel primer contacto nació una larga amistad, nunca desmentida (¿por quién?) pese a las profundas diferencias entre estas dos naturalezas de vanadio.

Añadamos que Alvaraide y Belfulano sólo se veían de tiempo en tiempo y nos haremos una idea bastante exacta de su relación.